

se aplicó á conocer y alabar á Dios, su corazón á amarle, sus fuerzas, ya naturales, ya sobrenaturales, hicieron crecer su amor. ¡Qué amor Dios mio! ¡qué llamas! ¡qué incendios en un instante en esa criatura apenas formada! Porque desde entonces, según la extensión de la caridad y gracia santificante que tenía, como una consecuencia natural, tuvo un amor más ardiente que el de todos los santos juntos y aún de los mismos serafines, puesto que la gracia que había recibido era más abundante que la que se ha dado á alguna criatura racional. Aun cuando María después de este feliz instante hubiese permanecido el resto del tiempo dormida en el seno de su madre, todavía así sería digna de los mayores elogios, puesto que ya traía al mundo más méritos que los que han tenido los más grandes santos al dejarlo. ¡Cuánto aumento de virtud se presenta á nuestra vista! María desde el primer instante de su concepción, hasta el momento en que Señora Santa Ana la dió á luz, no perdió un solo punto ni cesó de amar á Dios, y amarle tanto cuanto podía con la gracia de que estaba llena. Esta doctrina es de los más sabios teólogos, porque aseguran que no tuvo socorros ineficaces, socorros que no le sirvieran en el acto y de que sacaba todo el fruto que eran capaces de dar, de manera que el santo uso de los primeros socorros atraía sin cesar otros; amó sin descanso, sin interrupción, como dice San Bernardino de Sena: *Mens Virginis in ardore dilectionis continuè tenebatur*. Siendo esto verdad, siendo cierto que la Santísima Virgen desde su concepción hasta que nació hizo tantos actos de amor á Dios como pasaron instantes, Ella que desde el primero, no sólo igualó por sus méritos, sino que superó, aun á los de los ángeles y de los hombres, ¿cuál deberá ser el tesoro que tenía en el seno de su madre durante los nueve meses que allí estuvo? Apenas se puede concebir imperfectamente, pero para formarnos al menos una idea, aclaremosla algo.

Es preciso suponer dos cosas con la teología: Primera, que cuando obramos por Dios, merecemos que la caridad,

principal móvil de nuestras acciones, crezca en nosotros á proporción del fervor. ¿Teneis dos grados de caridad? Si esta virtud obra según la extensión de esos dos grados, adquiriréis otros dos y sereis más santos, más agradables á Dios, de lo que lo érais antes del primer acto. Si haceis otro tan fervoroso cuanto podais después de este último aumento, se dobla vuestro tesoro y os enriquecéis con ocho grados. Si continuais así, haciendo valer todo vuestro caudal, el tercer acto os conduciría hasta el grado 16°, el cuarto hasta el 32°, el quinto hasta 64° y así sucesivamente todos con igual proporción. Segunda, que esta especie de multiplicación por corta que sea, tanto se aumenta que nadie puede contar. Los matemáticos hacen este supuesto: un negociante pone un centavo en el comercio para ganar con él, al día siguiente dos, al tercero cuatro, al cuarto ocho, al quinto diez y seis, al sexto treinta y dos; y que su dinero vaya doblándose cada día hasta el 64°, entonces dicho negociante tendría quinientos millones de millones de oro. Así lo demuestra un gran sabio en la ciencia de los números, añadiendo que si esta multiplicación se hiciera, no con un centavo, sino con un escudo de oro, produciría tanto oro, que se podrían fabricar con él más de sesenta globos macizos, tan gruesos cada uno como la tierra.

Basados en estos principios ciertos, contad si podeis los grados de santidad y de caridad que María había reunido aun antes de nacer. Aun cuando de las liberalidades del Señor no hubiese recibido más que un grado de gracia, y después no hubiera hecho más que sesenta y cuatro actos de amor, tendría entonces tantos grados de santidad como centavos se hayan en esa masa casi infinita de millones de oro de que acabo de hablar. Pero si en vez de un grado, ha aumentado con fondo mayor del que han tenido todos los santos, si se hace esta multiplicación, no sesenta y cuatro veces, ni sesenta y cuatro millones de veces, sino tantos cuantos son los instantes que hay en nueve meses, ¿qué resultará? María, ¿será una niña sin gloria y sin mé-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

rito? ¿será indigna de nuestra admiracion...? ¿nada habrá hecho que pueda servir de materia para elogiar su nacimiento? ¿no se debe creer, al contrario, que somos incapaces de hablar, agobiados bajo el peso inmenso de su gloria casi infinita, de sus méritos sin número? En vista de esto, no tengo dificultad en comprender lo que algunos teólogos han enseñado: que si la Santísima Virgen un cuarto de hora despues de su Concepcion Inmaculada, hubiera dado quinientos grados de gracia á cada hombre de los que habían nacido desde Adán y á los que nacerán hasta la consumacion de los siglos, todavía le habría quedado una cantidad tan prodigiosa, que no se habría notado ninguna disminucion. No me admiro ya que los Santos Padres, hablando de la gracia de María, con que se halla enriquecida despues de sesenta y tres años de vivir, se valgan de palabras tan enérgicas. San Epifanio dijo que esa gracia era inmensa. San Agustín, que era inefable. Dionisio el Cartujo, que era infinita. San Juan Crisóstomo la llama el tesoro de toda la gracia. San Jerónimo, que toda la gracia se infundió en ella, y San Bernardino, que recibió tanta, cuanta podía recibir una criatura: *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni et purae creturae dari possibile est.* Todo esto es creible puesto que fué tan pronta, tan atenta, tan constante en negociar un talento tan fecundo, como el que se le confió, duplicándolo no sólo cada año, ni cada hora, sino cada instante del día, y los frutos que recogió fueron incontables, superiores á lo que podemos comprender.

SEGUNDO PUNTO

Si los pueblos tienen costumbre de manifestar tanto regocijo cuando nacen hijos á sus soberanos, porque serán sus reyes; no me admira que el nacimiento de María haya llenado de tanto gozo al cielo y á la tierra, como San Juan Damasceno dijo: "Que su cuna fué rodeada por todas las celestiales jerarquías, porque esta niña debía ser su reina así como de los hombres." ¿Pero este gozo universal que causó el nacimiento de esta nueva reina será justo y estará fundado? ¿ó será como el que se tiene en el nacimiento de un príncipe, que se ignora si su reinado será ó nó feliz, si benigno ó tiránico; y puede acontecer que sin saberlo se aplauda la mayor desgracia para un reino, y que despues de esas demostraciones tan justas en apariencia, se celebre el reinado de un monarca vicioso é insensato?

Lo que no se puede saber ni es fácil adivinar de los reinados terrenales, si lo sabemos de la felicidad y gloria del de María, y con tal certidumbre, que por increíble que sea lo que se prediga de él, no es posible dudar. Sabemos que debe reinar por su bondad en los corazones de todos y aun en el del mismo Dios; por sus luces sobre todos los espíritus; por su poder infinito sobre todas las potencias del universo; además, tenemos prendas seguras que con Ella reinarán el amor, la dulzura, la liberalidad, la misericordia, todas las virtudes pacíficas y benéficas; que será la gloria de sus súbditos, su salvaguardia, su amparo, su madre y su todo. ¿Cómo se puede tener un conocimiento tan particular y tan seguro de ese feliz porvenir? Por la historia de los Patriarcas y reyes del pueblo de Dios. Sí, María debe heredar las virtudes de sus padres. No creais que sea una conjetura infundada como suelen atreverse á decir los oradores profanos que tienen

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

costumbre de augurar que sus hijos reunirán en sus personas, todas las cualidades de los mayores héroes de su raza, como si no supiéramos que los descendientes degeneran de sus antepasados. María heredará toda la gloria de los suyos, porque además de su sangre que ha circulado por sus venas, han sido sus figuras y por lo mismo sus virtudes tendrán no sólo una semejanza, sino que con mayor brillo y más realidad florecerá en Ella. María no tendrá menos fe que Abrahan, ni menos obediencia que Isaac, ni menos dulzura ni piedad que Jacob. No se puede dudar tampoco que su castidad supere á la de José, su mansedumbre á la de David, su sabiduría á la del grande y pacífico Salomon; es necesario que como á Sara se la llame madre de los creyentes. La hermosura de Raquel; la fecundidad de Lía; el valor de Débora; la santidad, el celo é integridad de Judit; la prudencia y dicha de Esther; todas esas admirables cualidades deben reunirse en nuestra augusta princesa, como las líneas se reúnen al centro de donde salen.

He dicho que esos grandes hombres y esas célebres mujeres de la Antigua Ley fueron figura de María, y por consiguiente, no solo todas sus virtudes deben brillar en esta niña celestial, sino con un increíble aumento de perfeccion. La diferencia que hay entre la existencia real de un hombre y su retrato, entre el plano de un palacio y el mismo edificado, entre una sombra y el cuerpo que la proyecta, estas diferencias se deben hallar en María que es la realidad sobre todos esos ilustres personajes que ha habido desde la creacion.

Además de esas figuras que, segun el pensamiento de un Padre de la Iglesia, fueron como modelos vivos con que Dios quiso, por decirlo así, ensayarse y prepararse á la produccion de su obra maestra, dió de tiempo en tiempo otras inanimadas que sirven para descubrirnos las maravillas que tenía designio de obrar en esta Virgen. Habeis oído hablar mil veces del arca milagrosa que salvó á la familia de Noé del diluvio universal; era una

imágen aunque imperfecta de María, porque en vez de ocho personas que se escaparon del diluvio en ella, María llama al cielo á todos los hombres que hay y habrá en la tierra. *Per illam*, así lo enseña San Bernardo, *octo tantum animae salvantur, per istam omnes ad aeternam vitam vocantur*. La vara milagrosa que hizo tantos prodigios en poder de Moysés, que doblégó al Egipto, que dió paso libre al pueblo de Israel en el mar Rojo, que en un instante desbarató al ejército de Faraon, que hizo caer el maná y dió agua de la roca; esa vara estéril, en apariencia, era también una imágen de María, que será el terror y azote de todas las potencias tenebrosas, que nos abrirá y allanará los caminos de salvacion, nos libraré de todos los peligros, nos asistirá en nuestras necesidades, nos atraerá todas las bendiciones del cielo, y nos dará á Jesús pan vivo y agua que apague la sed. Recordad aquella columna de nube que caminaba delante de los israelitas en el desierto, iba delante, ó para guiarlos ó para asegurarlos en su retirada, ó para defenderlos de los ardores del sol extendiéndose sobre ellos; era pintura de María aunque solo en bosquejo. Los distintos movimientos de esa nube indicaban las diferentes maneras con que protegería á los predestinados. Así lo piensa San Bernardino de Sena: *Aliquando praecedebat, aliquando sequebatur, aliquando superferebatur ut mystice multiplicia patrocinia indicentur erga populum electorum*.

El arco iris, la escala de Jacob, la zarza ardiente, el vellocino de Gedeon, el arca de la alianza, la vara de Aaron, el cetro de Asuero, el templo y trono de Salomon, también son misteriosos retratos que nos expresan, ya las perfecciones, ya los privilegios, ya los beneficios de María. Meditad esos diversos rasgos y las relaciones que tiene con su original. Ya no me puedo detener, porque el tiempo me falta, para ayudar á vuestra consideración, por lo mismo paso en silencio también los elogios que el Espíritu Santo hizo por los Profetas de la Virgen que escogió para su Esposa; sólo mencionaré lo que dijo Isaías;

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Ecce Virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen ejus Emmanuel. ¿Quién podrá expresar, quién comprender lo que presagiaban de las grandezas de esta Virgen? Bastan, no sólo para agotar la humana elocuencia, sino para confundir á las más altas inteligencias. Sólo Dios puede comprender sus sentidos, y El mismo, si puedo expresarme así, no puede concebir una gloria más singular que la que esas voces prometen á María. Concebirá y no dejará de ser Virgen, dará á luz y el fruto bendito será nada menos que Dios. Es preciso callarse despues de este oráculo, supuesto que no puede ya decirse más, y es imposible llegar á la elevacion que encierran.

No me resta, para concluir, sino exhortaros á que os entregueis al servicio de una princesa tan amada del cielo. Por lo que he dicho comprendereis cuán ventajoso es estar bajo su patrocinio, y que no podreis obtener gracia alguna sino por su mediacion. Aun cuando no hubiese sido escogida para ser la madre del Todopoderoso, aun cuando su Hijo no la hubiese entregado todos sus tesoros, ¿se puede dudar de que por los únicos méritos de su vida harán su intercesion poderosísima, que una sola palabra de sus labios será más eficaz con Dios que las oraciones de todos los santos reunidos? Ved por qué todos los católicos piensan unánimemente que el tener hácia María un amor y respeto particular, es una señal de predestinacion, una prenda de felicidad eterna, y en vista de este universal consentimiento de todos los fieles sobre este punto, digo, sin dificultad, que es como una verdad de fe. María, siendo la misma bondad hácia todos los hombres, estando sin cesar atenta en pedir por los pobres pecadores, ¿podrá olvidar á los que la honran? Frecuentemente solo se necesita una corta oracion, una promesa, una oferta, una práctica pasajera para conseguir milagros por su mediacion. ¡Cuánto no hará en favor de los que tengan una sólida piedad, que sean constantes en servirla y la profesen un amor tierno y perseverante! Todos los que se han impuesto como un deber el honrarla y han sido

sus verdaderos servidores han conseguido la santidad. Os ruego por el deseo que teneis de salvaros y santificaros, que en Ella pongais toda vuestra confianza. ¡Qué motivo de consuelo para mí si al bajar de este lugar, llevo la seguridad de haber dejado á María en vuestro corazon!

¡Dios mio! ¡Ah! ¡Qué felices resultados tendrían las verdades que he pronunciado! ¡Cuán presto se librarán vuestros hijos de las pasiones, y en sus corazones reinará Jesucristo sin division ¡Ah! entonces morirán, como deseaba San Gregorio Nacienceno. “Muy dichoso seré, decia este gran santo, si puedo pronunciar el dulcísimo nombre de María al salir de esta vida; las puertas del cielo se me abrirán sin dilación, como las del arca se abrieron á la paloma que llevaba el ramo de oliva.” Pero para conseguirlo, es necesario nos concedais lo pronunciamos frecuentemente en vida. Dadnos que amemos tierna y amorosamente á la que es madre vuestra y nuestra, que la amemos con ternura y perseverancia, que acudamos á Ella en todas nuestras necesidades espirituales, que la honremos delante de los hombres, hablando de Ella con celo y respeto, leyendo con frecuencia libros que traten de sus virtudes y de sus glorias; practicando ejercicios piadosos en su honor, y que nunca omitamos. En fin, inspiradnos todos los sentimientos que sus siervos más célebres han tenido hácia Ella, é imitando todas las virtudes por las que le fueron gratas, y ayudados con su favor, consigamos verla y amarla en la gloria.—AMEN.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.